



# PAISAJJE INTERIOR

# SORIA

Concatedral de San Pedro

# EL PAISAJE DEL ESPÍRITU BAJO LA MIRADA POÉTICA

## I Introducción

“Tomo, pues, Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín del Edén, para que lo labrase y cuidase” (*Génesis* 2,15).

### **La triple mirada del hombre sobre el paisaje.-**

La mirada del hombre sobre el paisaje ha estado preñada siempre de la esperanza de que fuera para él un lugar acogedor y susceptible de doblegarse a sus necesidades, ya fueran estas de carácter material o espiritual. Desde esta perspectiva y, en tanto que ente histórico, ha existido desde siempre, en todas las sociedades humanas, una triple dimensión, consecutiva en origen, también paralela a veces, en la forma de contemplar a su alrededor por parte del hombre. Así pues, la primera mirada al paisaje la lleva a cabo el hombre nuevo que llega y desconoce, que antes de habitar indaga en lo que le rodea, palpando a ciegas allí donde instala su tienda. La segunda mirada, asentado ya en el territorio, se solaza en la belleza del mismo, en su grandiosidad natural y primigenia que ya no asusta porque lo sublime que había en él ha sido ya domeñado por la humanidad. Una primera mirada, por lo tanto, inquisitiva, desconfiada, respetuosamente temerosa aunque implacable en su intención, seguida de otra posterior que se halaga en lo que ve, no exenta de soberbia en ocasiones. Si la primera es la del viajero, aventurero o soldado que llega a lo desconocido, el geógrafo, el urbanista, la de todos aquellos que ven el paisaje para estudiarlo racionalmente y transformarlo, la segunda es la perspectiva de quienes pueden permitirse ya mirarlo desde la confortabilidad que aporta la civilización: la del artista es un claro ejemplo de este tipo de mirada sobre el paisaje.

En la historia de la fe también el hombre se halla expuesto a esas formas de vislumbrar. Así, a la primigenia mirada de asombro y de ignorancia atrevida de Adán y Eva en el edén ante lo creado por Dios, sucederán otras, muy dispares mas igualmente significativas respecto de la actitud ante el entorno: la de los israelitas que, en la travesía del desierto relatada en el Pentateuco, se enfrentan al desierto como el paisaje que sufrir, o a la tierra de Canán como el territorio que ha de ser conquistado, siempre al encuentro de una tierra prometida, expresamente por Dios, para ellos. Sin duda alguna estamos ante una constante en el hombre, quien, fuera religioso o no, siempre ha visto en el paisaje con algo más que los ojos.

Pero existe una tercera mirada que es la que ahora nos interesa, porque es la que refleja en el paisaje al hombre que lo habita, que lo respeta y se arrodilla ante él a un mismo tiempo. Es la mirada del poeta que traslada a lo geográfico sus sentimientos más íntimos, permitiendo que se explayen por el terreno circundante a la vez que es en este en el que aquellos encuentran las formas con las que nombrar sus sensaciones. Y si toda poesía es digna de consideración, hay un modo especial de esta acrobacia literaria, que es la mística, en el que se alcanza el más alto grado de fusión de la palabra humana y los elementos geológicos.

Precisamente es de nuestros místicos y poetas y de quienes hemos aprendido el valor espiritual del contraste, que ya apuntase quizás en los presocráticos, expresado en la oposición entre la luz y la sombra, el día y la noche<sup>1</sup>. Y, precisamente, hay pocos paisajes que dibujen con tanta intensidad este combate en su geografía como lo hace el de Castilla y León. La noche y lo oscuro lo son más en el cielo despejado de esta tierra, que tantos poemas ha generado en su descripción. Y también lo es la luz, que reverbera resplandeciente en el ritmo acompasado de los trigales, que parecen reproducir los destellos de quien los alumbraba. Literariamente, el paisaje castellano se ha caracterizado por transitar de la dureza de la vida de

---

<sup>1</sup> Para un estudio en profundidad de este contraste y su simbología, ver FERNÁNDEZ LEBORANS, M<sup>a</sup> J., *Luz y oscuridad en la mística española*, Málaga, Cupsa, 1978, y MANCHO DUQUE, M<sup>a</sup> J., *El símbolo de la noche en San Juan de la Cruz. Estudio léxico-Semántico*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1982.

sus gentes al símbolo espiritual de sus horizontes y sus cielos límpidos que permiten al hombre que los habita mirar con frecuencia a lo alto y lejano, sembrando así sus ojos de semillas de algo eterno que le trasciende. El poeta lleva la tierra en su corazón allá donde vaya, y ella será la primera guía espiritual y afectiva que le señale el camino, como magníficamente supo mostrar Antonio Machado al escribir: “¡Álamos del amor que ayer tuvisteis/ de ruiseñores vuestras ramas llenas;/ álamos que seréis mañana lirás/ del viento perfumado en primavera;/ álamos del amor cerca del agua/ que corre y pasa y sueña,/ álamos de las márgenes del Duero;/ conmigo vais, mi corazón os lleva!”<sup>2</sup>. También, en este sentido, afirmó hermosamente Vicente García de Diego: “El paisaje de tu alma en mi alma yo lo siento”<sup>3</sup>.

Por otro lado, no es menos cierto que existen igualmente pocas regiones, como Castilla y León, de civilización tan antigua que continúen rindiendo tal pleitesía aún a la naturaleza. Apenas si los siglos y siglos de civilización transcurridos han conseguido aminorar la fuerza definitoria del paisaje en su cultura. “Por naturaleza, –ha escrito el filósofo americano de origen abulense, Santayana– Ávila es esencialmente un *oppidum*, una ciudad amurallada, una ciudad catedralicia, toda grandiosidad y granito; sin embargo, es tan pequeña que parece estar en el campo. No hay más que alejarse unos pasos de una de las elevadas puertas para encontrarse uno inmediatamente entre campos de trigo o sobre páramos de roca y viento. A esta altitud la naturaleza primitiva y pelada ha coexistido durante siglos con la más hermética y fortificada civilización eclesiástica y militar”<sup>4</sup>. Pero, al mismo tiempo, quizás sea este el motivo principal por el que también lo religioso, en todos sus aspectos, se ha instalado en ella con tanta rotundidad como cadencia.

Dicho de otro modo: lo perentorio de la palabra de Dios en la historia de las sociedades humanas en sus muy diversas facetas culturales<sup>5</sup>. Primero fue el espacio, no el territorio sino el espacio desconocedor del hombre aún. Entonces todo era geología y tiempo físico. De aquella vida nos hablan los restos fósiles que abundan en nuestra región. Luego vino el hombre, y Dios con él se hizo presente en su cultura. Será a partir de ese momento cuando podamos comenzar a hablar de paisaje humanizado y espiritualizado, y del canto como forma de celebración. La triple y consecutiva mirada a la que nos hemos referido al comienzo de estas líneas cobra en este momento su máximo significado.

Quien se pregunta sobre el porqué de la fuerza que el elemento espiritual tiene sobre los hombres de todas las épocas, debería asumir, con la misma rotundidad con la que admite y cree el mero narrar científico de la evolución y el lento arrastrarse a oscuras de la especie humana durante siglos a través de valles y sabanas de África y Europa que hasta tal punto ha impregnado sus genes, que el elemento religioso dotó al hombre hace miles de años de aquello que le permitió erguirse sin temblar frente a la oscuridad de su corta vida en la tierra. Cómo no entender o siquiera aceptar que, frente al miedo genético, pudiera imponerse una esperanza que ofrece luz a los hombres como especie.

### **Los tres pasos en el recorrido hacia la luz.-**

Por otra parte, Castilla, más allá de los tópicos, reúne en sí multitud de paisajes y colores<sup>6</sup>. Desde la meseta castellana, predominantemente amarilla, hasta los paisajes más verdemente norteños de León, que también acumulan matices del tono principal, la nieve de Gredos al sur, o los oscuros brillos plateados de las corrientes fluviales que cabalgan el territorio hasta encontrarse en el cinturón del Duero, que siega y riega la región. La meseta, además, también resplandece resurrecta cada latiente primavera, espigando el campo de la luz que asciende. ¿Cómo no contemplar este espacio y territorio con pasmo y devoción? Así

---

<sup>2</sup> *Campos de Castilla*, Madrid, Cátedra, 1978, p., 75.

<sup>3</sup> “Tierra de Soria, en PÉREZ-RIOJA, J. A., *Guía literaria de Soria*, Patronato José M<sup>a</sup> Cuadrado/CSIC, Madrid, 1973, p., 193.

<sup>4</sup> George SANTAYANA, *Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía*. Madrid: Trotta, 2002, pp. 132-133.

<sup>5</sup> A este respecto “Las Edades del Hombre” han supuesto un reconocimiento definitivo en nuestros días.

<sup>6</sup> Así lo reconoce Jesús GARCÍA FERNÁNDEZ, cuando afirma que “si no todos, sí algunos han señalado la diversidad de Castilla. Y aunque no han pasado de enunciarlo, por no decir mencionarlo, hay que zahondar en esta expresión, porque también encierra una idea que no puede ser pretermitida. No sólo porque comprende elementos tan dispares, y hasta disparates, difíciles de traban entre sí, como es el caso de las *Montañas* y las *Llanuras*, sino igualmente porque lo mismo éstas que aquéllas distan mucho de ser uniformes.” *Castilla (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 237.

lo han hecho generaciones y generaciones de hombres y mujeres hasta hoy. Nuestra tierra nos recuerda, así, que detrás del tiempo se esconde cada amanecer, una antorcha de ardor, un prodigioso arpon de luz, al que los ojos no deberían jamás acostumbrarse. Luz derramadamente horizontal, que vertical y ascendente, cruzando el tiempo y el espacio, nombra a Dios. Así lo ha manifestado José Luis Puerto, al afirmar que “el espíritu moderno, que pone el paisaje en el punto de mira del hombre, lo hace porque intuye una secreta correspondencia entre al alma del ser y el alma del mundo y porque, además, la naturaleza expía, mejor que ningún otro elemento, los estados de ánimo del enamorado, del contemplativo, del que busca expresar su proceso interior, el complejo mundo de una intimidad recién inaugurada”<sup>7</sup>.

Toda la literatura espiritual de las diferentes tradiciones religiosas ha empleado, como matraz de encuentro de sentido, la polarización emocional entre la oscuridad y la luz. Ambos extremos con dimensión física y expresión paisajística se tornan símbolos espirituales, como bien han sabido expresar en sus textos, diferentes místicos. Todo lo que se manifiesta fuera de nosotros tiene una representación más clara en nuestro corazón, y de esta manera, el paisaje también se constituye en alegoría plástica de un camino interior por el que dejar transitar a los sentidos, hasta llegar a la unidad interior con el objeto de nuestro amor. Precisamente, Castilla y León representa un cauce estético perfecto para el viaje de la mirada a la palabra, y viceversa, en una unión transformadora que tan hermosamente supo expresar Juan de la Cruz<sup>8</sup>. El camino-viaje de la noche al día tiene sus estancias y sus metáforas, gestos partidos que señalan la mitad divina que les falta, y de ahí lo simbólico, y que en el hueco que les queda para su totalidad, apuntan la importancia de esta ausencia.

En este contexto, pues, el paisaje es un decorado que se abre como una rosa en su esplendor y apunta su centro, expresa el nudo que la ata a su propia identidad. Es un reflejo de su creador, algo que se intuye ya en su contemplación, y que bien supo expresar el místico de Ávila al construir, mediante una aposición nominal perfecta (“Mi Amado las montañas”) la más espléndida y hermosa unión entre creador y criaturas, tras la deseada fusión realizada –como no podía ser de otro modo– en la mirada. La declaración amorosa más bella de la literatura universal comienza con una llamada, un vocativo, que identifica al amado con los paisajes.

Pero antes de llegar a la fusión, hay que transitar los inevitables pasos de la noche y el alba. Sólo al final de este recorrido está la luz del nuevo día, en el paisaje de la vida y de la fe, como regazo inmenso y amoroso en que apoyar la propia vida y su cansancio. También en el paisaje de Castilla y León podemos observar estas tres fases del camino hacia la luz del creyente y del hombre en general. De la mano de sus poetas, recorreremos el paisaje de la región atravesando ese camino y viéndolo a través de sus miradas para transitar con ellos, desde la más oscura y árida noche de los sentimientos hasta el claro día iluminado por todo lo bueno que el hombre de esta tierra ha hallado en ella, pasando por las dudas, las vacilaciones y todos aquellos temores que acompañan al hombre en el paso de una a otra etapa.

---

<sup>7</sup> “Castilla: Lugar de la mirada”, en VVAA, *La soledad de un mundo*, Béjar, if ediciones, 1999, p. 70.

<sup>8</sup> *Cántico espiritual. Poesías*, edición de Cristóbal Cuevas, Madrid, Alhambra, 1985, p. 123. Como edición crítica y comentario a la obra de Juan de la Cruz merece destacarse también la edición de Paola ELIA y María Jesús MANCHO, con el estudio preliminar de Domingo YNDURÁIN, *San Juan de la Cruz. Cántico espiritual y poesía completa*, Barcelona, Crítica, 2002.

## I La noche.-

“A nosotros, que recibimos los dones de Dios para hacerlos fructificar, nos toca “sembrar” y “recoger”. Si no lo hacemos, se nos quitará incluso lo que tenemos”.  
(*Sollicitudo rei socialis*, 30)

Si en la noche oscura comienza el camino del místico, ¿“Adónde te escondiste,/ Amado, y me dexaste con gemido?/ Como el ciervo huyste/ aviéndome herido;/ salí tras ti clamando y eras ydo”<sup>9</sup>, también allí, en la oscura noche del maltrato de la historia a nuestra tierra castellana principia el común sentir doloroso y trágico de los castellanoleoneses ante el futuro. Un maltrato representado, fundamentalmente, por la situación de desamparo a que la historia y sus hombres han llevado a lo que en otro tiempo fuera el corazón de un imperio. Es el momento de la pobreza, la salida y el exilio.

Mas también la Castilla pobre se arraiga en lo sacral. Julio Llamazares canta a esa pobreza centenaria de esta tierra en *La lentitud de los bueyes*<sup>10</sup>, al afirmar: “Yo vengo de una raza de pastores que perdió su libertad cuando perdió sus ganados y sus pastos”. Resulta difícil no evocar con estas palabras la pérdida conjunta sufrida por Castilla y León con la desaparición del mundo de la trashumancia<sup>11</sup>, así cómo no remontar nuestra memoria hasta aquellos tiempos arenosos en que los patriarcas bíblicos vagaban con sus familias y ganados a donde el Señor quisiera conducirles.

Por otra parte, el reconocimiento del origen de una deuda podría asimilarse alegóricamente a Israel, luchando por sobrevivir en tierra extranjera (Génesis, 47, 13). Este origen contamina la mirada del que busca, pero –al tiempo– le incita a lanzarse al rastreo de lo que llama: “Durante mucho tiempo mis antepasados cuidaron sus rebaños en la región donde se espesan el silencio y la retama. / Y no tuvieron otro dios que su existencia ni otra memoria que el olvido”<sup>12</sup>. Esa aspereza terrosa que se refleja en el espíritu es la necesaria semilla de la que partirá la redención. No en vano ha diseminado la inspiración de nuestros escritores y nuestros místicos. “Desde el este –escribe Juan Manuel González–, la aridez trenza jaguarzos y grama, hierbas en apariencia inútiles, sobre los terrones de los campos. Esa misma aridez que luego serviría como símbolo de los campos. Esa misma aridez que luego serviría como símbolo a Juan para crecer en el aislamiento de aquello que percibía turbio, pasional. Para él, la aridez vino a ser una ‘sequedad sin sabor’, un estado en el cual el espíritu pueda ‘de todo gusto privado’, y en el que surge ‘al alma inclinación y gusto de estar a solas y en quietud, sin poder pensar en otra cosa particular ni tener gana de pensarla.’”<sup>13</sup>. Pobreza de tierra, sequedad de sentido que se reconoce como heredad. El heredero asume su herencia en un desgarró, siente el estiaje del tiempo y del espacio como propio, aunque él se haya sometido al exilio interior. Pero desde lo árido se alimenta también la espera. Y así se debate entre pasado y futuro, habiendo sido ya signado por la huella: “Y en su sosiego acumularon monedas verdes de esperanza para nosotros”<sup>14</sup>. Algo así debió de ser la llegada de José y sus hermanos a Egipto.

Como decimos, de la herida y el abandono, sin embargo, puede brotar también la vida, expresada en el pasado por la nostalgia, o empujada en tensión, a través de la esperanza, hacia el futuro. Nos lo confirma una exiliada:

“Nostalgia y esperanza –escribe María Zambrano– parecen ser los resortes últimos del corazón humano. El ‘corazón’, que es una metáfora de la vida en lo que tiene de más secreto e incommunicable, fondo íntimo del sentir originario [...]. Nostalgia y esperanza son dos direcciones que este sentir

---

<sup>9</sup> Cántico espiritual. Poesías, op., cit., p. 121.

<sup>10</sup> *La lentitud de los bueyes*. Memoria de la nieve, Madrid, Hiperión, 1997, pp. 16-17.

<sup>11</sup> Sobre este hermoso patrimonio cf. García Martín, Pedro (coord.), *Cañadas, cordeles y veredas*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1991.

<sup>12</sup> Julio Llamazares, *La lentitud de los bueyes*. Memoria de la nieve, Madrid, Hiperión, 1997, p. 16.

<sup>13</sup> VVAA., *La soledad de un mundo*, Béjar, If ediciones, 1999, p. 46.

<sup>14</sup> Id., p. 17.

originario toma en el tiempo, de tal manera que cuando se diferencian es sólo porque el tiempo, el de la conciencia, las ha separado. Paralelamente, la esperanza tiende a restablecer en el futuro la vida del pasado perdido. ¿De cuál es la prioridad? Parece haber entre aquello que la nostalgia diseña y lo que la esperanza propone una igualdad de nivel como en dos vasos comunicantes. Y entre ellas el abismo de la decadencia o de la ‘caída’, más hondo cuanto más alta sea la esperanza, más perfecta la imagen de la vida perdida”<sup>15</sup>.

Se trata de una sensación que bien conoce Castilla. Por ejemplo, la Castilla del siglo XVII, en palabras del historiador Morales Moya “un país decepcionado que trata de indagar qué es lo que ha fallado y cuáles son los remedios”<sup>16</sup>. Siglo clave para los castellanos (y para toda España) que se cerrará, a la muerte de Carlos II, con una guerra civil y un cambio de dinastía. No sin cierto lirismo se ha referido a este momento, recientemente, Ruiz-Domènec, al decir que “la melancolía se apoderó de los españoles en la etapa final del reinado de Carlos II”<sup>17</sup>.

De los momentos de postración, ya sea personal, ya histórica, podrá surgir mediante la superación lo más elevado. Y no hay más que recordar la estancia de San Juan de la Cruz en la pequeña celda del convento de los carmelitas de Toledo (un siglo antes): “las horas se alargan; el aposento es estrecho y oscuro; la soledad, absoluta. Pero “sólo dios basta”, y su experiencia, inmediata o mediata, revivida, llena tanto que se desborda hacia la escritura.”<sup>18</sup> Quizás, bien lo sabe Castilla y León, esa transmutación ocurre primero y con más autenticidad en el interior, y eso bastaría para explicar la fuerza con que saluda a esta tierra el final de la época medieval, y la abundancia de catedrales y grandes iglesias en su territorio. El júbilo del gótico castellano leones, incomprensible fuera de contexto, es lo que explica el desconcierto que, en opinión del geógrafo Yi-Fu Tuan, las catedrales góticas suponen para el hombre moderno. Sin embargo, todo se entiende si se tiene en cuenta que “el cosmos vertical del hombre del medioevo está simbolizado dramáticamente por diferentes elementos ascendentes: arcos apuntaos, pináculos o pujantes agujas”<sup>19</sup>.

Por ello, no extraña que el heredero de Llamazares, Juan Carlos Mestre, invoque (y convoque) a sus antepasados. Comienza, de este modo, en su poesía denominando el exilio como necesidad. Esta razón última obliga al hombre a retirarse de los parajes que le vieron nacer, porque éstos se han tornado ya en sus enemigos. Yerma o madrastra la tierra tiene el pecho seco, y el hijo se verá impelido a buscar otro vergel que le acoja en su intemperie. El primer momento es la salida, pero, como ya hemos señalado, es la primera semilla también de la liberación, aunque en el trayecto la muerte pueda estar agazapada esperando detrás de la pobreza. *El Pentateuco* nos recuerda cómo a la tierra prometida sólo se llega a través del éxodo y del arduo camino por el desierto:

“Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,  
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,  
al hambre le llamaron muralla del hambre,  
a la pobreza le pusieron el nombre de todo lo que no es extraño/  
a la pobreza.  
Poco es lo que puede hacer un hombre con el pensamiento del/  
hambre,  
apenas dibujar un pez en el polvo de los caminos,  
apenas atravesar el mar en una cruz de palo”<sup>20</sup>.

---

<sup>15</sup> *El hombre y lo divino*, México, FCE, 1986, p. 307

<sup>16</sup> MORALES MOYA, Antonio, “La interpretación castellanista de la historia de España”, en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.) *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 25.

<sup>17</sup> RUIZ-DOMÈNEC, José Enrique, *España, una nueva historia*, Madrid, Gredos, 2009, p. 700.

<sup>18</sup> GARCÍA DE LA CONCHA, V., *Al aire de su vuelo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2004, p. 242.

<sup>19</sup> YI-FU TUAN, *Topofilia*, Barcelona: Melusina, 2007, p. 188

<sup>20</sup> *Antífona del otoño en el Valle del Bierzo*, Madrid, Calambur, 2003, p. 7.



Mas detrás de todo viaje se esconde la confianza, y llegará el día en que dejemos de alimentarnos del maná y sean de nuevo los frutos de nuestra tierra los que nos alimenten<sup>21</sup>. “Volverán a labrar la tierra assolada –dice el profeta–, después de haber estado baldía a la vista de los caminantes”<sup>22</sup>. Así, los antepasados nombran la pobreza y hablan de la necesidad, “como se habla en las aldeas/ de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con/ cuidado en un pañuelo”<sup>23</sup>. Con esa delicadeza que merece todo lo frágil, el poeta habla de un pasado donde lo pobre empuja a la obligada solidaridad y a la certidumbre esperanzada en un futuro mejor. Un futuro preñado del ansia de una vida más intensamente divina en la que la comunión haga posible la igualdad. Así lo concibe María Zambrano cuando afirma que “en los dos puntos extremos que marcan el horizonte humano, el pasado perdido y el futuro a crear, resplandece la sed y el ansia de una vida divina sin dejar de ser humana, una vida divina que el hombre parece haber tenido siempre como modelo previo, que se ha ido diseñando a través de la confusión en abigarradas imágenes, como un rayo de luz pura que se colorease al atravesar la turbia atmósfera de las pasiones, de la necesidad y del sufrimiento”<sup>24</sup>. Esa propia contradicción castellana, inserta en sus células, entre los extremos de la pobreza y el esplendor espiritual y estético aparece ya señalada por Ortega y Gasset<sup>25</sup>, quien enfrenta a ambos dioses como si de titanes se tratara:

“¡Esta pobre tierra de Guadalajara y Soria, esta meseta superior de Castilla!... ¿Habrá algo más pobre en el mundo? Yo la he visto en tiempo de la recolección, cuando el anillo dorado de las eras apretaba los mínimos pueblos en un ademán alucinado de riqueza y esplendor. Y, sin embargo, la miseria, la sordidez triunfaban sobre las campiñas y sobre los rostros como un dios adusto y famélico atado por otro dios más fuerte a las entrañas de esta comarca.”

Castilla se debate, así, aún hoy, entre el recelo y la fidelidad, entre la niebla y la luz: “La niebla es la verdad porque es la duda”. De este modo comienza el poeta José Ledesma Criado, en su “Ceremonial Castellano”<sup>26</sup>, asociando a esta región con la vacilación emocional. La esperanza es el amarre de una tierra a la que la historia pareció dejar de lado, por esto el poeta escribe que “como dama enlutada en el umbral espera/ la lluvia o el desfile de sueños y de lirios”<sup>27</sup>. La resistencia que la mantiene levantada frente a la realidad del mundo forma parte de su historia y su paisaje. Y no es un disfraz, ni una pose, sino un aguijón de resistencia activa de quien lo fue todo y todavía mantiene su orgullo, hoy a pesar de los maltratos y de no ser una población de más de 2 millones de personas para territorio tan soberbio como los casi 100.000 km<sup>2</sup> que ocupa.

Porque también el éxodo de hombres y mujeres ha sembrado de ruinas las Castillas a lo largo del tiempo. Un éxodo, a la vez, del territorio y hasta de la historia, que pesa en su conciencia como madre que no ha estado a la altura y sabido defender a sus cachorros. Un éxodo, en definitiva, sentido y combatido incluso por quienes lo sufren, y ante el que se rebelan aun cuando, en la nostalgia, lo recuerdan como si pretendieran con ello conjurarlo y dar marcha atrás. Aun cuando sea imposible. “no puedo precisar ahora –escribirá Francisco Umbral en una de sus obras más castellanas– en qué lejanías de niebla (el Pisuerga daba muchas nieblas), en qué lejanías de calle, barrio, vida, noche, se fue distanciando mi vida de los míos, de la vida de los míos”<sup>28</sup>.

---

<sup>21</sup> Jos. 5, 12.

<sup>22</sup> Ez, 36,34.

<sup>23</sup> MESTRE, J. C., op., cit., p. 8.

<sup>24</sup> El hombre y lo divino, op.cit., p. 306.

<sup>25</sup> Ortega y Gasset, José, *La vida en torno*, en *Obras completas*, II, Madrid, Alianza, 1983, p. 44.

<sup>26</sup> *Las monedas de Hiedra*, MARCOS SÁNCHEZ, Mercedes y SÁNCHEZ ZAMARREÑO, Antonio, Salamanca, Edifsa, 2006, p. 195.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>28</sup> UMBRAL, Francisco, *Los helechos arborescentes*, Barcelona, Bibliotex, 2001, p. 27.

Precisamente de esa madre dolorida que en pie resiste y espera el regreso de sus hijos desperdigados por el mundo, escribe Ledesma Criado en el poema citado: “Castilla espera, angustiosamente espera,/ mientras sus hijos acarician barro y terrones/ rebuscando la raíz del nuevo nacimiento/ donde crece el pan entre la muerte agazapada.”<sup>29</sup> Castilla levantada, luchadora, resistente, frente al tiempo y al mundo, manteniendo en alto el pábilo de su oración, voceando calladamente su espera..., mientras los campos se tiñen de silencio. Una mudez que es elocuencia para esta tierra, cuya esperanza siempre tuvo forma de plegaria, atesorada en las campanas viejas de las viejas iglesias: “La meseta, día a día, lucha con la esperanza,/ voltea su impotencia, en tomillos y álamos,/ dibuja su oración en la campaña vieja/ y el silencio de Dios se extiende entre los surcos”<sup>30</sup>.

Sin embargo, este silencio de la tierra, desmembrada y deshombrada, manifiesta tantos rostros como el hombre que lo nombra. Puede ser un telar antiguo donde se hila el desconsuelo, o un cedazo fracturado que sólo permite filtrar la pena; un puente desmoronado o una iglesia sin retablo<sup>31</sup>. Pero, a través de ese silencio, el hombre avanza por pedregales húmedos de tristeza. Francisco Álvarez Velasco<sup>32</sup> nos lo deletrea herido. La humedad de siglos le corroe el interior. También aquí, como en el poema de José Ledesma Criado, es interior y simbólica la niebla. Una vez más, la bruma se constituye en imagen de la nostalgia ante aquello que se fue. Y en el hondón afectivo de sus entrañas, el hombre para a contemplar su intimidad lastrada de tristeza: “La niebla de noviembre/ es un mar en el valle/ y en tu corazón avanzan/ los pasos de la ausencia”<sup>33</sup>. Ese humedal centenario, coagulado en niebla, es el símbolo del corazón del hombre, convertido –paradójicamente– en seca piedra. Desde ese olvido ancestral, el hombre se contrae bajo el peso de su estigma. Y la existencia se hace pedernal bajo la desgracia de su sombra. El éxodo le camina, y no al contrario. Atraviesa su vida y la de sus hijos y en él deja los días, la tersura de su piel y sus caricias. Por eso el poeta nos dibuja al hombre en su éxodo, atravesando los textos empapados del otoño, ya sin palabras. Sin aparente destino se dirige a un hombre, que bien podría ser todos los hombres, para decirle:

“Llevas el saco a rastras, peregrino./  
Los campos ya perdieron/  
los nombres que tenían/  
y olvido es la palabra de esta tierra,/  
donde el tiempo esparció/  
los restos de la hoguera.”

Llevas el saco a rastras,/  
y perdidos los panes uno a uno/  
y en el hombro colgada la tristeza,/  
al tiempo que las hojas del otoño/  
resbalan en silencio/  
por la ladera espesa de la bruma.”

Silencio es ahora el nombre de esta tierra,/  
donde el graznar del cuervo/  
anuncia la mañana”<sup>34</sup>.

Es el paso necesario de angustia para llegar a la posibilidad abierta de un futuro más amplio, con horizontes vertidos como harina caliente, recién horneada y humeante. Las cadenas se fracturan al llegar, aunque al nómada le queden todavía largos tiempos de penuria.

---

<sup>29</sup> op., cit., p. 195.

<sup>30</sup> *Ibidem.*, p. 195

<sup>31</sup> Precisamente sobre estas ausencias en el patrimonio, cf. la lacerante obra de Gonzalo SANTONJA, *Castilla y León. Lo que se llevaron de esta tierra*, León, Junta de Castilla y León.

<sup>32</sup> *Noche*, Madrid, Hiperión, 2005, p. 28.

<sup>33</sup> *Ibidem.*, p. 28.

<sup>34</sup> *Ibidem.*, p. 28.



El territorio que vio nacer a la palabra se va olvidando del abecedario que le hizo existir. Por eso olvido es su nuevo bautizo, y la hoguera trizará en el fuego la acumulación de las horas. La anáfora de la desolación, “llevas el saco a rastras [...] llevas el saco a rastras”, se vuelve carga y contribuye a recrear la densidad de la intimidad de un hombre que se deja fatigar por la derrota. Sólo queda el silencio cenobítico, que apunta a la secuela de la escasez, que nada más que el planeo del cuervo sobre la carroña se atreverá de nuevo a bautizar.

De esta manera, Castilla, que históricamente ha sido grande, se ha dejado desangrar por sus venas amarillas<sup>35</sup>, pero, a la vez, bajo su arcilla late inverosímil la expresión estética de sus gestas como señal del espíritu que la alimenta. En su resignación se manifiesta la proclama de su estirpe incendiaria, que siempre hizo de su conversación con Dios su consuelo y alimento. La esperanza siempre tiene la puerta abierta en el poema. En él está el espacio anhelante de la posibilidad. Y así lo manifiestan los distintos escritores. Entre ellos, José Luis Puerto, quien nos dibuja en su poema “El territorio” a un hombre dolorido, que cruza el paisaje de su vida y el tiempo que la habita, en un día de lluvia, con su corazón anudado y solitario. Pero ese hombre también contiene en su silencio la canción del amor, la melodía que experiencia dolorida le dejó como cicatriz perenne: “Esos labios sellados/ Que albergan las palabras más hermosas/ Que hayan podido pronunciarse nunca/ Sobre las cosas y los seres, sobre/ Las ínsulas extrañas del amor”<sup>36</sup>.

Ese silencio que es promesa, que es posible apertura y territorio luminoso. Es, sobre todo, la palabra en la que vuelve a nacer todo. Es el cántico del profeta, cuando celebra “la amargura se me volvió paz”<sup>37</sup>. También José Luis Puerto culmina su tonada hermosamente: “Escuchareis la fuente que llevamos,/ Que es música y silencio,/ Escucharéis las sílabas del mundo.”<sup>38</sup>

La partida hacia el encuentro surge de una herida, de la conciencia de una amputación. La tierra también expresa esa carencia. Nada hay fuera del hombre que no comparta su camino. Hay una dimensión desgarrada del paisaje, donde los seres son índices de esa carencia: “Montes secos/ Chicharras/ Vertical es la tierra/ El abismo y el cielo/ Se necesitan siempre/ Aquí/ Nada es condescendencia/ Todo va a la caída/ ¿También a la ascensión?”<sup>39</sup>. Por ello, en la salida empieza ya el encuentro. La pregunta por el “adónde” sanjuanístico, con la que comenzábamos este apartado, de carácter espacial, se trasmuta en gemido, en clamor. También el poeta se conduce por esa soledad de un mundo que expresa el olvido al que ha sido sometido, desenraizado, pero que alza sus ramas a lo alto para encontrarse así con la esperada claridad:

“El vuelo/  
De almendros y de olivos/  
De raíz tan escasos/  
Habla de negaciones de la tierra/  
De lo imposible que es permanecer/  
Aquí/  
La sima de las aguas/  
El cielo de rapaces que devoran.”<sup>40</sup>

Pero de lo más bajo sólo es posible ya ascender a las aves que devoran los restos de la muerte. Es la pregunta del salmista: “¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?”<sup>41</sup> Siempre vela un pequeño candil, cuyo círculo de luz protege, y desde el que es posible volver a habitar la tierra no como asilo cansado, sino como cauce que entibia la pena en oración.

---

<sup>35</sup> Aunque, “en lo fundamental –como ha escrito Gonzalo SANTONJA– no han sido ni son extranjeras las raíces de nuestros males”, *Castilla y León. Lo que se llevaron de esta tierra*, op. cit., p. 14.

<sup>36</sup> *Las sílabas del mundo*, Zaragoza, Las tres sopores, 1999, pp. 17–19.

<sup>37</sup> Is I, 38,17.

<sup>38</sup> *Las sílabas del mundo*, op. cit., p.19.

<sup>39</sup> PUERTO, J.L., *De la intemperie*, Madrid, Calambur, 2004, p. 15.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>41</sup> Salmo 10,1.

La pregunta por el sentido apunta ya a la dirección de la búsqueda. La noche que en el paisaje castellano leonés ilumina casi tanto como el día, anuncia algo. El poeta, como el místico, contempla en la estrellada luz del cielo nocturno las señales de la luz futura, la que espera tras el alba. Tras la oscurecida demora, se anticipa el rayo que ilumina, como adivina el poeta Claudio Rodríguez: “[...] en la noche hay campos/ de intensa amanecida apresurada/ no en germen, en luz plena, en albos pájaros.”<sup>42</sup> Es ya el principio de la aurora.

---

<sup>42</sup> RODRÍGUEZ, Claudio, *Don de la ebriedad*, Madrid, Adonais, 2000, p. 13.

## II La aurora

La aurora es el sendero hacia el despertar, donde empieza a no haber fractura entre el hombre y el objeto de su contemplación. Es el camino medio en este itinerario simbólico y ternario de la noche hacia la luz, del abandono hacia el encuentro. En este punto, el paisaje empieza a comunicarse con el hombre en sus distintos elementos y, a través de ellos, derrama la incipiente luz que ya comienza a hacerle ascender. El territorio da señales, a veces confusas por la incapacidad de leer en el libro hermoso del cosmos, de la presencia del Creador en la vida. Si tomamos –de nuevo– como símbolo el propio camino espiritual del místico abulense, estamos ya, superada la pregunta, en el momento de la petición y del reconocimiento posterior: “¡Oh bosques y espesuras/ plantadas por la mano del Amado!./ ¡o prado de verduras/ de flores espaltado!./ deid si por vosotros a pasado”.<sup>43</sup> Primero –transitando, sucesivamente, del verde al amarillo y al azul– los árboles, luego las espigas y, finalmente, el cielo. Los árboles hablan, las espigas cantan y el cielo proclama.

Para Unamuno, el mar asombrado de Castilla se representa en sus encinares, que permanecen altivos e inmutables frente al pasar de los siglos con sus gestas de glorias y fracasos. Pero la quietud enérgica de la fronda de carrascas se mantiene pacíficamente frente al rugido sucesivo de sables o cañones, emboscada en la armonía que exhala: “En este mar de encinas castellano/ los siglos resbalaron con sosiego/ lejos de las tormentas de la historia,/ lejos del sueño// que a otras tierras la vida sacudiera;/ sobre este mar de encinas tiende el cielo/ su paz engendradora de reposo,/ su paz sin tedio”<sup>44</sup>. Es ésta una paz sabrosa, sin tedio dice el poeta, devota de la luz con que se nutre, que con su claridad vertida, resplandece y se aúna perpetua con el cielo, como símbolo de la lucidez permanente: “Y no palpita, aguarda en un respiro/ de la bóveda toda en fuerte beso,/ a que el cielo y la tierra se confundan/ en lazo eterno”<sup>45</sup>. Lo sacral se perpetúa y refleja lo eterno en cada ser, como un fractal holográfico cuyas partes contienen ya completa la totalidad: “En este mar de encinas castellano/ vestido de su pardo verde viejo/ que no deja, del pueblo a que cobija/ místico espejo.”<sup>46</sup>

Es así la mirada del poeta la que permite desvelar esa riqueza interior de Castilla en absoluto tópica. Precisamente esa confusión entre cielo y tierra en el paisaje castellano leones que detectase Unamuno llama también la atención de Francisco Umbral<sup>47</sup>, cuando se deleita en comentar los versos de Francisco Pino que dicen, referidos en esta ocasión a unos pinares de centro de la región: “Arenales que copas tan verdes/ dan al aire/ ¿serán arenales”. Leemos, de este modo, en *Los helechos arborescentes* que “los pinares de la abuela eran vastos, inmensos, infinitos, y por eso cuando don Doménico me explicaba que Castilla era árida, seca, dura, yo suponía que el maestrillo me estaba mintiendo, y pensaba en los pinares de mi abuela, que, según yo imaginaba cubrían toda Castilla de sombra y verdor”, y después de algunas cavilaciones, continúa la hermosa prosa umbraliana señalando:

“Miraba e aquel cielo verde de los pinos, que era de mi abuela, y más arriba el cielo azul del verano, que era de mi abuelo. ¿Serán arenales? No. Debajo de estas mullidas agujas de pino, debajo de esta tierra de humedad y lagartos, debajo de los arenales tiene que haber agua, palacios de agua, catedrales de agua, familias de agua”<sup>48</sup>.

La dicha, por tanto, es el prodigio del ser que ya ha sido tocado, que ya ha sido herido y sale clamando a buscar fuera lo que ya tiene dentro: “En todo me reconozco –escribe Andrés Quintanilla Buey–;/ todo me da la razón:/ el páramo, el surco, el río,/ racimos en desazón,/ trigo, árbol; hombres nacidos/ para un

---

<sup>43</sup> *Cántico espiritual. Poesías*, op., cit., p. 123.

<sup>44</sup> *Poesía Completa (1)*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 62–63.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 63.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 63.

<sup>47</sup> UMBRAL, Francisco, *Los helechos arborescentes*, op. cit., pp. 84 y ss.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 86.

destino mejor.”<sup>49</sup> El poeta es contagiado, de este modo, de las emociones que disuelve el paisaje en su mirada. ¿O es su mirada la que se vierte sobre el paisaje?<sup>50</sup>. “Castilla impresa en todos mis sentidos,/ viniendo a mí/ empapándome yo de ella”, clama el poeta<sup>51</sup>, refiriéndose a esa Castilla que le concede el éxtasis que deriva de la contemplación oracional. Lo cierto es que en el espacio que va de los ojos a la espiga y del oído a la canción del viento, se constituye un territorio aéreo abierto de esperanza y redención, como muy acertada y lúcidamente ha expresado la poeta Carmen Álvarez: “Siento la paz ardiente de la espiga,/ en susurro,/ su vaivén al ritmo del viento,/ la esperanza que filtra el aire,/ el pan futuro”<sup>52</sup>. La espiga adquiere, así, la capacidad de ser alegoría de la mejor realidad, y detrás de su acunar se intuye el latido del propio corazón del hombre esperanzado y de la unidad del cosmos en un nudo iluminado: “Cientos de corazones en racimo/ bombeando la sabia de la tierra”<sup>53</sup>. Si el vaivén al ritmo del poniente nombra al propio hombre que, en un movimiento constante entre inspirar y expirar va segando la forma de su propia vida. Las espigas de Castilla, derramándose horizontales como alfombra de luz, son tan expresivas como su existencia aislada. Cada una de ellas se constituye por la suma de sus granos, y forman “corazones en racimo”. Pero su adición también conforma el latido iluminado de la tierra. El espíritu del amarillo se filtra, así, entre sus venas, y se expresa en su “paz ardiente contra el sol”:

“Siento la paz ardiente de la espiga contra el sol,/ su amarillo clamor,/ su quebrarse ya sin savia en el altar del mundo;/ sobre el altar del mundo, arma y ofrenda/ dolor y llanto sobre la extensión abierta del hambre./ Ardiente paz que en cada latido hiere la noche y la fustiga,// ardiente azul teñido y acibado/ que ensaliva la esperanza.”<sup>54</sup>

La espiga es emblema de devoción y entrega hacia lo alto de la luz, su alimento nutricio, su fervor, a la que entrega la médula del respirar al sol que la sostiene. Así también el hombre comulga luz en su viaje por el mundo y, sin ella, la vida se hace ampolla. El mundo es el altar donde la comunión se colma. Abierto a la infinita huella del origen, y del pastor de la grey eterna.

La tierra, por su parte, es un este momento ya una madre en actitud de acogida. Y para José Manuel Ferreira Cunquero, aunque el cielo parezca el espolón de la libertad, la tierra roja castellana es la que atrae siempre a sus hijos, amamantándolos de sueños. El cielo es techumbre, hogar que acoge y fija límites, y abraza la historia grande y la pequeña, simbolizada en el beso: “Una techumbre inmensa nos regala/ cóncavo el azul pergamino que custodia,/ en privilegio, –lugar de las alturas–/ diversas geometrías cobijando/ entre surcos las historia y nuestro beso”<sup>55</sup>. Pero la tierra castellana, con sus mejores galas de jaras y atardecidas, no deja de hablar al hombre, que en ella se encuentra como en el hogar antiguo, escoltado por el fulgor del aire, y como dosel sereno: “Tras el ventarrón que principia entre las jaras/ a zurcir en el frío atardecer/ con su aceitoso olor el cabello del paisaje,/ nuestro sueño se inscribe como un grito/ que estercola en los contrastes,/ doseles del aire y de la tierra/ sereno el tornar a lo que somos”<sup>56</sup>.

Como aljibe antiguo tras la travesía por un yermo, como homilía piadosa tras la pena, el hombre se deja regresar de la distancia, y abreva sus ojos con la linde del policromado ocaso, y allí aspira la lumbre

<sup>49</sup> “Entre Cigales y Dueñas”, en “Álamo”, Salamanca, noviembre 2000–enero 2001.

<sup>50</sup> “El mismo rayo luminoso que la espiritualidad cristiana plenamente comprendida dirige hacia la Cruz para humanizarla (sin velarla) se refleja sobre la materia para espiritualizarla”, TEILHARD DE CHARDIN, Pierre, *El medio divino. Ensayo de vida interior*, op. cit., p. 83

<sup>51</sup> Gerardo Diego, *Poemas Mayores*, Madrid, Aguilar, 1980, p. 42.

<sup>52</sup> VVAA, *Manantial*, Valladolid, Academia Castellano Leonesa de la poesía/Junta de Castilla y León, 2001, p. 45.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 45–46.

<sup>55</sup> “Tierras de Castilla”, en “Albor”, nº 1, Valladolid, 2005, Academia Castellano leonesa de la poesía, p. 78.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 78.

necesaria para entibiar su respiración, haciendo de su última luz, fanal del Todo, punzada suplicante y farallón de certeza: “Tras la aventura, fundamento de la vida,/ sin distancia nos arrulla/ la madre tierra entre sus cosas/ y como si fuéramos hijos que regresan/ saciados de tiempo y de distancia,/ nos bebemos de pronto este horizonte/ donde el sol se acuesta en casi todo”<sup>57</sup>.

También la noche se expresa ahora en plenitud, como anticipación del silencio melodioso que advendrá. Recogiendo todo el saber pitagórico de la armonía que tañe el movimiento luminoso y nocturno de los astros, José Luis Puerto<sup>58</sup> escribe al comienzo de su poema “Es música la noche” que la noche es una clara melodía. También Fray Luis se dejó mecer por la música del maestro Salinas y escribió, en un zarpazo de plenitud cósmica, que “Ve cómo el gran maestro,/ aquesta inmensa cítara aplicado,/ con movimiento diestro/ produce el son sagrado,/ con que este templo es sustentado.”<sup>59</sup> Así, la noche que deja sentir en su oscuridad no el clamor del miedo, sino la sonoridad que esconde la armonía de la cítara pulsada por las manos eternas. Todos los sonidos entonan el canto: “grillos, cencerras del ganado, insectos,/ todo un latir desde la tierra entona/ su músico que asciende por el aire/ a través de la noche a las estrellas/ y es resplandor y es fuego y armonía,/ cántico arrebatado que se entrega/ para se comunión con lo creado”<sup>60</sup>.

Todos son susurros nocturnos del paisaje que contribuyen a la transición del oído a la vista, de la música al resplandor de los ojos que se sienten impelidos al ascenso, al cielo que con sus estrellas de fuego silabea los rostros armónicos del Dios que comunica Su belleza en sus seres. Ojos hechos de estrellas que se miran a sí mismos, y ellas carne celeste. “Yo miro ese universo/ y soy el universo que se mira./ La finísima retina del universo mirándose a sí mismo,/ eso somos”, escribe hermosamente Ernesto Cardenal<sup>61</sup>. A su vez, José Luis Puerto alude a esa comunión entre lo alto y lo bajo, lo que está arriba y lo que está abajo, reflejándose mutuamente y conteniéndose como en una holografía inmensa que acogiera en cada átomo la totalidad del todo: “Cántico arrebatado que se entrega/ para ser comunión con lo creado./ La noche es una clara melodía:/ Toda la tierra entona su latir”<sup>62</sup>. Una vez más, omnipresente, se evoca aquella “fuerza espiritual de la materia” de la que hablara Teilhard de Chardin. Por otra parte, la naturaleza de las esferas puede estar hecha de sonido; lo percibieron los clásicos y lo vuelven a reivindicar las nuevas teorías cosmológicas con esa hermosa alegoría platónica de la teoría de las supercuerdas. La materia tiene vida y entona sus lenguajes. Todo lo que habita el universo palpita su divinidad y así lo escribe el poeta al que la voz le escuece si no le permite decir: “Es música la noche, todo aclama/ Tener fulgor de vida, ser materia/ Atravesada por la salvación”<sup>63</sup>. El texto es una explosión de júbilo admirado que entronca con la eterna pregunta que, desde la humildad de percibir la belleza que nos supera, el hombre hace a Dios: “Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que te ocupes de él?”<sup>64</sup>.

Los seres, como un magnífico holograma contenido de temblor sagrado (“pensar –escribe Antonio Colinas– que aunque seamos sólo una brizna del universo tenemos concentrado la totalidad de éste en ese punto”<sup>65</sup>), abrazan dentro de sí a todos los seres de los que son más que signo, más que representación. De los que son espejo y unidad. Por ello, el mundo anuda en sí mismo todo el universo y como escribe Francisco Castaño: “Una brizna de brezo/ tiene en sí todo el páramo./ Un solo pájaro/ Toda la melodía y el silencio/ Del bosque y el/ Crepúsculo en su canto”<sup>66</sup>. Y por eso el poeta es más que quien canta belleza y dolor hermosamente. Es quien sabe mirar en cada cosa, todas las cosas. Es quien contiene en sus ojos

---

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>58</sup> *Las sílabas del Mundo*, Zaragoza, Las tres hermanas, 1999, p. 26.

<sup>59</sup> “A Francisco Salinas”, *Fray Luis de León*, Salamanca, Almar, 1978, p. 68.

<sup>60</sup> *Las sílabas del Mundo*, op., cit., p. 26

<sup>61</sup> *Cántico Cósmico*, Madrid, Trotra, 1993, p. 33.

<sup>62</sup> *Las sílabas del Mundo*, op., cit., p. 26

<sup>63</sup> *Ibidem* p. 26

<sup>64</sup> Salmo 8, 4–6.

<sup>65</sup> *Tratado de Armonía*, Barcelona, Tusquets, 1991, p., 94.

<sup>66</sup> *Dentro del corazón de la memoria*, Madrid, Hiperión, 1997, p. 15.

todos los reflejos que sobre el universo derrama la luz. De este modo, el poema anterior sólo puede ser concluido de la manera siguiente: “Así también en la mirada tú/ Los nombres todos tienes de la luz”.

No sin esfuerzo, lo más pequeño ha prendido a esperar. Ha aprendido la acumulación de dones que regala la esperanza a quien sabe calladamente acumularla. La labor humilde de lo cotidiano hila un paño de certezas. La brizna busca al viento que la arrulla, da sentido, y le hace comulgar, como tan bellamente supo expresar Claudio Rodríguez, con el ritmo puro del universo: “Y ya nosotros no ignoramos que una/ brizna logra también eternizarse/ y espera el sitio, espera el viento, espera/ retener todo el pasto en su obra humilde”<sup>67</sup>. El hombre que espera y observa las señales que le llegan desde el cielo pisa con huella distinta la tierra, su peso sobre el barro es más leve, más ligero, porque lo eleva la esperanza, que es la dimensión iluminada de la espera: “Nunca había sabido que mi paso/ era distinto sobre tierra roja,/ que sonaba más puramente seco/ lo mismo que si no lleva un hombre,/ de pie, en su dimensión.”<sup>68</sup>

Los paisajes exteriores a la piel comulgan también la expectación del hombre, se esponjan de certidumbre. Por ello, en su movimiento retienen la quietud, se deslumbran en las promesas que ansían. Las espigas castellanas se acarician con el viento en forma de asombrada alegría y el hombre cegado por la densidad y el pasmo que ésta le produce, no puede sino exhalar a lo alto su canción, como bautizado por la luz más elevada, y exclamar su canto: “¡Qué hora: lanzar el cuerpo hacia lo alto!/ Riego activo por dentro y por encima/ transparente quietud, en bloques, hecha/ con delgadez de música distante/ muy en alma subida y sola al raso./ Ya este vuelo del ver es amor tuyo”<sup>69</sup>.

Es el comienzo del ascenso que va del pisar el verde a flotar el azul líquido del cielo, que espera como hueco o como nido. Verde y azul. Resulta paradójico señalar cómo las antiguas culturas describieron el más allá como una consecución interminable de verdes praderas en las que disfrutar y regocijarse las almas de los difuntos. Y todo anuncia ya ese cambio. Por ello, el poeta percibe la mutación que sobre los seres ejerce la propia fe. La conciencia de la eternidad que ha vertido sus dones sobre los paisajes, para que sean como acuarelas que nombren, como faros tornasolados por la paleta cromática del portento, que dirijan la mirada del transeúnte a lo más alto. Es la certeza de que todo lo sensible pertenece a lo sagrado, participa de su plenitud y la expresa, siendo uno de sus gestos y, más aún, siendo plenamente uno de los infinitos rostros de lo divino. Por ello, ante tal despliegue de promesas encendidas, al hombre-poeta ya no le asusta el camino que dejó atrás. Ha recorrido una escala ascendente de estados interiores, que con su palabra le ha sido concedido expresar. Ahora la noche es un verbo más de lo blanco, porque la dimensión de lo albo se ha instalado en su interior:

“Y la noche qué importa si aún estamos/  
buscando un resplandor definitivo./  
Oh, la noche que lanza sus estrellas/  
desde almenas celestes. Ya no hay nada:/  
cielo y tierra sin más. ¡Seguro blanco,/  
seguro blanco ofrece el pecho mío!/  
Oh, la estrella de oculta amanecida/  
traspasándome al fin, ya más cercana./  
Que cuando caiga muera o no, qué importa./  
Qué importa si ahora estoy en el camino”<sup>70</sup>.

El paisaje, como vemos, comienza en este segundo momento a transmitir a quien lo contempla su verdadera naturaleza, que transita entre lo bajo y lo alto, entre el dolor y la salvación que éste encierra. Y si lo sagrado tiene capacidad de habitar el hueco de lo humano, tiene, sobre todo, que poder decirse primero en la mirada. Por ello, el poeta Jesús Hilario Tundidor desgrana en su palabra el hermoso proceso de ascensión del amarillo horizontal al vertical azul y al elevado amarillo-blanco final, que designa en

---

<sup>67</sup> *Don de la ebriedad*, op. cit., p. 40.

<sup>68</sup> *Ibíd.*, p. 39.

<sup>69</sup> *Ibíd.*, p. 40.

<sup>70</sup> *Ibíd.*, p. 43.

nuestra tierra lo divino: “Y un poco más, llanura./ Y un poco más, azul. Azul/ que es cuerpo y mano y amenaza/ hasta que el sol revienta en el espíritu/ y la tierra no es tierra, ni lo azul/ es azul. Y el hombre sabe/ que está en aquello mismo que contempla.”<sup>71</sup>

Aquí cabe un amplio abanico de certezas, desde la paleta de colores que percibe el ojo, el hombre levanta su espíritu, su espacio y ensancha los pulmones de su certeza, como muestra Jesús Hilario Tundidor en su poema “Contemplación”<sup>72</sup>, para afirmar que: “En el ver me convoco, sobre/ los cúmulos que explican/ aquel callado ardor de los matices:/ los oscuros, los perla, el gris claro, el/ azulenco... la mirada ve vida”.

La cualidad de ver se impone a la angostura. Y el hombre asciende sus ojos lavados, y redimidos por una nueva cualidad del ver, hasta ensamblar mirada y cielo. De un mirar humillado al suelo solamente hemos pasado, no sin esfuerzo, a elevar los ojos hasta saber que el horizonte es una puerta abierta al futuro, y que nos espera. Por ello, el poeta canta al azul en total plenitud: “Eran azules. Puntos perdidos en su cielo, en ese paraíso/ donde el vuelo es camino. Instantes de una luz casi/ inocente. Danza añil que navega por las riberas negras de/ la noche”<sup>73</sup>. Los recintos azules de la noche que asciende, compensan de las tribulaciones, parece decir el poeta. El vuelo es el camino, y no hay otra posibilidad para el hombre. El firmamento tiene sus rutas esparcidas, abiertas por el aleteo de las plumas de los oficiantes del aire y del ascenso. Los ojos se sosiegan cuando se alzan a lo alto y contemplan a los frágiles pájaros, sosteniendo el cosmos como doseles de espacio. El color azul descende, así, no sin cierta paradoja, desde el infinito a todo cuanto roza, como un latigazo bautismal de cobalto iluminado y que se hace baluarte diáfano en el interior del hombre con su plenitud de asombro. El hombre ahora está ya en el camino hacia la luz:

“Quien os vio no os olvida,  
azules de Soria, azules.  
Azules de alta Edad Media/  
que a la luz de pronto irrumpen,  
cielos del Beato de Burgo/  
cuajándose entre querubes,  
esmaltes, joyas de arquetas/  
de mozárabe relumbre.  
(...) –España, Castilla, Soria–/  
y mi corazón resume/  
en ese que no se olvida/  
azul, plenitud de azules”<sup>74</sup>.

---

<sup>71</sup> *Las llaves del reino*, Madrid, Hiperión, 2000, p. 64.

<sup>72</sup> *Las llaves del reino*, Madrid, Hiperión, 2000, p. 38.

<sup>73</sup> MUÑOZ QUIRÓS, J. M<sup>a</sup>., *Celada de Piedra*, Madrid, Rialp, 2005, p. 54.

<sup>74</sup> Gerardo Diego, *Poemas Menores*, Madrid, Alianza, 1980, p. 39.



### III La luz

La luz es el tercer paso del avance hacia el encuentro con Dios en la creación y en lo profundo del hombre. Por ello, en este momento, también en el paisaje y en su expresión poética hay una transmutación que asciende de lo horizontal a lo vertical. A medida que el corazón del hombre se libera, éste puede también levantar los ojos y contemplar el orbe en plenitud, y aclamar, como hace el salmista, “ensalzaré tu majestad por encima del cielo con la boca de un niño de pecho”<sup>75</sup>. La luz transfigura en la Biblia los principales episodios de encuentro de Dios con el hombre, ya sea, entre otros, en forma de zarza ardiente (Ex, 3, 2), ya sea como símbolo de vida (Job, 33,30), o como rostro de salvación (sal 31,17).

En esta cumbre del ascenso, el camino se ha fusionado con el caminante. Así lo expresa también San Juan de la Cruz en su recorrido lírico cuando, en la declaración de amor más hermosa de la literatura universal, expresa la unión de Creador y criatura, en los siguientes versos: “Mi Amado las montañas,/ los valles solitarios nemorosos,/ las ínsulas estrañas,/ los ríos sonorosos,/ el silvo de los ayres amorosos”<sup>76</sup>. El vocativo identifica mediante la aposición, a “mi amado” con los paisajes más hermosos, en una sucesión de imágenes visionarias contempladas como si el poeta las sobrevolara y percibiera desde arriba. Ahora la respiración consciente, el silencio y la luz son compañeros de viaje.

El universo es un pulmón que alienta al hombre, le revela su identidad: “Me he sentado en el centro del bosque a respirar”, escribe el poeta Antonio Colinas en su libro *Noche más allá de la noche*<sup>77</sup>. La actitud del hombre en el bosque es internarse en su centro, buscando esos claros del bosque donde poder ser más él mismo. Poder estar ya en el centro implica un don. “El claro del bosque –ha escrito María Zambrano– es un centro en el que no siempre es posible entrar; [...] luego no se encuentra nada, nada que no sea un lugar intacto que parece haberse abierto en ese solo instante y que nunca más se dará así”<sup>78</sup>. El centro del bosque es el centro del hombre mismo. Y la respiración es el movimiento con el que se enlaza al cosmos, repitiendo el sonido interior de olas y de estrellas. Por eso Colinas afirma: “Lento respira el mundo en mi respiración [...] Inspirar, espirar, respirar: la fusión/ de contrarios, el círculo de perfecta consciencia”. También la escritura del poema participa de este ritmo, que no sólo la constituye como género, sino que la encadena con otros elementos naturales, sean éstos las estaciones que se suceden en un desperezado aliento, o el corazón que acompasa con su ritmo todo lo que vive. El hombre puede, de esta manera, hallar refugio en ese bosque, en esa naturaleza que le habla de su propio centro.

La soledad en el interior del páramo es refugio, y en ella el sosiego se hace deseo y guarda en sí otra especie de calidez que no es térmica, sino espiritual: “Así me he quedado a solas y vacío/ de cuanto se hace y dice en este mundo,/ pero lleno del silencio más blanco/ que reinó en la primera noche del planeta”. El tiempo se contrae y permite condensar también la intimidad del hombre con el cosmos. Todo calla, todo mantiene la solemne presencia y certidumbre del temblor sagrado que sostiene al mundo. La soledad es, de esta manera, un ascua interior que hace del universo un manto que acoge y abraza. También el corazón, ese órgano simbólico donde se anudan los afectos, “llamea” dentro de ese orbe nido, a la vez que lo acoge en sí, como un uróboro infinito que se alimentara de su propia esencia. Así, la mañana (o la muerte que no es física) es la frontera a un nuevo despertar amoroso a la vida: “Con la idea del amor/ (ese otro rescoldo que siempre llamea/ en el pecho de los soñadores)/ me caliento y espero,/ voy pasando la noche/ hasta que alba o muerte/ sellen esta soledad infinita”.

De lo inferior el hombre se ha alzado ya, por fin, hacia lo superior. También lo hace el paisaje, que deja de ser una cualidad de lo externo para anudar en el sol, símbolo terreno de lo divino, la esencia luminosa del hombre que lo mira. Luz de nuestra tierra. Luz de nuestros ojos. Luz en la palabra... La luz que en Hilario Tundidor supone la unidad de la vida: “si de la luz nace la luz y crea y ocupa los caudales en que el caos/ se origina, lo elegíaco convoca/ y todos los sufrimientos de quien es inefímero establece en un

---

<sup>75</sup> Salmo 8, 3.

<sup>76</sup> *San Juan de la Cruz Cántico espiritual. Poesías*, op., cit., p, 123.

<sup>77</sup> *El río de sombra. Treinta años de poesía, 1967–1997*. Madrid, Visor, 1999, p. 277.

<sup>78</sup> *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1988, p. 11.

orden:/ la unidad de la vida”<sup>79</sup>. De este modo, el resplandor convoca a todo lo creado, y le da orden, medida y conformidad. Y así lo ha escrito Dionisio Ridruejo: “Aquí queda la tierra –y todo pasa–/ con su hueso y su luz, la tierra sola./ Y se aviene la casa al horizonte,/ dejando al humo errar, embebecido/ en la tremenda libertad./Aparte,/ el azulado Urbión alza la frente”<sup>80</sup>.

A partir de esa armonía, que inicia en este momento su manifestación, los objetos perfilan su existir, transitan como seres únicos pero afines, iguales en su esencia. La naturaleza dice la última y espiritual identidad de la materia, que no deja de ser temblor sagrado<sup>81</sup>. El hombre ha ascendido hacia la altura de su propio existir, a su conciencia, partiendo de los gestos que le muestra la tierra. En el paisaje que la cubre, todo son señales de algo eterno que, en su mudar, deja una huella indeleble. En el interior del hombre, a la vez, se empieza a sentir la llamada, y a ella se acopla, como lo hiciera el místico sufí Ibn ‘Arabí al afirmar que, “mi corazón adopta todas las formas: unos pastos para las gacelas/ y un monasterio para el monje./ (El) es un templo para los ídolos, La Kaaba del peregrino, las/ tablas de las Torá y el libro del Corán”<sup>82</sup>.

El corazón ha sido ya tocado, y lo externo le indica, nuevamente, el camino a seguir. Todo parece entonces cubierto de una cáscara que oculta, al tiempo que expresa, la entraña de la realidad. Las formas cambian, llanura, montaña, cielo o sol, pero todas comunican su centro. Y el interior del hombre se hace espejo: “Y mira la llanura apaciguada reposando en la tarde, los vuelos del/ milano que planea en los cielos. Y siente/ que engendrar una música es un núbil candor, un latescente vibrar,/ una impaciente permanencia ávida de correr por las calles abiertas/ de la dicha. Y abre los ojos y se extiende al mundo”<sup>83</sup>. Gastón Bachelard también se acerca a esta certeza cuando escribe que “parece entonces que por su “inmensidad”, los dos espacios, el espacio de la intimidad y el espacio del mundo se hacen consonantes. Cuando se profundiza la gran soledad del hombre, las dos inmensidades se tocan, se confunden”<sup>84</sup>.

También Gabriel y Galán<sup>85</sup> admira de su tierra la fulminación de la luz. No hay emoción tan extrema como el pasmo fulgurante que produce la tierra castellana, con su extenuación de siglos, donde “viven aquí las cosas/ porque en su entraña cada cual encierra/ la del vivir/ intimación divina.” La paz que de ellas trasciende su propio ser, y contamina todo lo que les rodea. Por ello, todo lo que existe fuera tiene su espacio reconstruido dentro. Y sobre esa certeza el ser humano cimienta un nido de pasmo: Todo lo que se experimenta en la intimidad se expresa también en lo visible y, como afirma el poeta, el vuelo consigue la fusión con lo cotidiano diario. El ascenso en ave logra la transmutación nupcial, igual que ocurriera en el *Cántico Espiritual* del místico abulense. En el vuelo, por otra parte, como recoge Valente, “la unión se consume en la visión”<sup>86</sup>. Y si el sentimiento abre el espacio y planea, la mirada auténtica y profunda lo encierra en la intimidad, dejando en el espíritu sólo la señal de la huella. “Una mejor visión necesariamente debe disminuir la cantidad de cosas que uno ve”, ha escrito Michel de Certeau<sup>87</sup>.

Ese nudo de belleza que hace al hombre comprender que su destino está en lo alto: “A veces te preguntas –escribe José Jiménez Lozano–/ cómo se sostiene la belleza del mundo; te fijas en las patas de las garzas blancas/ bajando regimiento a la laguna,/ y comprendes”<sup>88</sup>. Por ello, no es extraño escuchar al poeta Claudio Rodríguez<sup>89</sup> decir, en un aguijonazo lírico que constituye sólo el inicio, que “siempre la claridad viene del cielo”. El don se vierte, se derrama por el mundo y le regala perfiles a las cosas, respetando la diferencia del encuentro, a la vez que constituye su unidad, su esencia última, que no puede ser distinta de la luz que separa a los seres, para permitir su encuentro. No hay hermosura más extrema que esa fusión

<sup>79</sup> *Las llaves del reino*, op., cit., p. 82.

<sup>80</sup> Dionisio Ridruejo, “Un paisaje de Soria (Los Royales)”, en *Guía literaria de Soria*, op., cit., p., 192.

<sup>81</sup> Esto es lo que Teilhard de Chardin ha denominado “la *“deriva general de la materia hacia el espíritu”*”, TEILHARD DE CHARDIN, Pierre, *El medio divino. Ensayo de vida interior*, Madrid, Taurus/Alianza, 1972. p. 83.

<sup>82</sup> El intérprete de los deseos, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2002, p. 125.

<sup>83</sup> HILARIO TUNDIDOR, Jesús, *Las llaves del reino*, Madrid, Hiperión, 2000, p. 82.

<sup>84</sup> *La poética del espacio*, Madrid, FCE, 1994, p. 241.

<sup>85</sup> *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 62–63.

<sup>86</sup> VALENTE, José Ángel, *Variaciones sobre el pájaro y la red*, Barcelona, Tusquets, 1991, p. 81.

<sup>87</sup> *La debilidad de creer*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 313.

<sup>88</sup> *Pájaros*, Madrid, Huerga y Fierro, 2000, p. 30.

<sup>89</sup> *Don de la ebriedad*, Madrid, Adonais, 2000, p. 11.

que articula el poeta como interrogación asombrada: “Quién hace menos creados cada vez a los seres? ¿Qué alta bóveda los contiene en su amor?”<sup>90</sup> Una vez más es el canto extremadamente amoroso del salmista quien, sobrecogido, suspira: “Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que te ocupes de él?”<sup>91</sup>.

Pero que sea la claridad la que tenga sed de decir a la materia y se abra en ese abrazo es un hallazgo prodigioso del sentir. Comienza así el vuelo. Cómo no iba a ser el poeta quien apuntara a esa transmutación de luz en fuego, al encontrarse con la razón que le hace ser. Y el lector ante tal desvarío lúcido no puede evitar preguntarse si el zamorano Claudio Rodríguez habla de la señal o del símbolo que se esconde tras ella. Sería, por tanto, la claridad una cualidad del hombre cuyo final resurrecto será abrazarse –luz en la Luz– en el nudo claro, infinito centro de lo blanco eucarístico del que escribía tan hermosamente Antonio Colinas<sup>92</sup>. Estamos ya situados en la cumbre del ascenso y, en él, se vislumbra ya el sentido. Es el hombre–Job que ha viajado por la aspereza del desierto interior y, reconciliado con su creador, afirma: “me ha librado de caer en la fosa y mi vida se inunda de luz.”<sup>93</sup>

Ascender desde fuera hacia dentro, teniendo como camino al aire. Partir de los ojos para llegar al corazón. Sentir palpar de matices lo intenso del mundo para conseguir instaurar el infinito, en el infinito interior del hombre. Esa es la meta de todos los senderos del espíritu. Y, en nuestra tierra, el espíritu late en cada paisaje, y en cada poema que lo canta con devoción. Ese es el glorioso destino del poeta. Así lo proclama José M<sup>a</sup> Muñoz Quirós: “La meta está en la altura. Sólo/ quien mira a los más alto puede/ sospechar lo infinito.”<sup>94</sup> Y en el ascenso todo parece acariciado, transmutado por una nueva luz, que se ha instalado dentro. El mirar derrama su propio existir sobre al objeto que ahora es señal del culto. Por eso el poeta que ha sido bautizado por un nuevo bautizo en la mirada, repara en la cualidad luminosa de lo que le rodea, y todo arde con nuevo fuego. Así lo podemos comprobar en el poema “Hogueras del otoño” del José Luis Puerto, donde el fuego, real y simbólico, hace modificar la naturaleza de lo quemado. Ese elemento constituyente, heracliano, que forma parte de la identidad de la naturaleza, también es cauce de purificación, de renovación. Las llamas lo iluminan todo para poder facilitar de nuevo el comienzo del día y de las estaciones, que en su rueda perenne permiten hacer avanzar el carro del tiempo. El fuego acrisola a quien lo contempla, y quema en él sus miedos, el temor a una noche larga, que extienda sus raíces bajo la tierra que pisa el hombre. Por eso, el alzar los ojos como emblema sagrado hacia el sereno anochecer es señal de una nueva resurrección: “Qué purificación en la alta noche/ Cuando todo nos llama hacia la luz”<sup>95</sup>. La contradicción es superada en el corazón del hombre: su centro se quema para poder germinar, igual que sucede con la tierra, como simiente eterna, como fulgor depurado, como esplendor de esperanza. También aquí espera detrás la muerte, que supone el paso del no saber al saber que la esencia de uno es la luz banca, el fuego, la llama o el ardor total en la unidad de un universo que en nosotros también crepita: “Arden los campos y es hora de arder./ De atravesar como fulgor la vida/ Antes de las heladas, del invierno/ De la caída en el letargo, de/ La extensión despiadada de la muerte.”<sup>96</sup>

La fluorescencia desata los ojos del poeta, los desanuda como pájaros de la jaula liberados. Ante el fognazo exclama: “Hay mucha luz. La tarde está suspensa/ Del hombre y su posible compañía.”<sup>97</sup> La tarde se suspende en el alto del mirar del hombre y confluye en su ánimo. Hombre y tarde forman una misma sustancia hecha de amor y claridad, sin sombras que la anulen: “Muy claro el transeúnte siente,

---

<sup>90</sup> *Don de la ebriedad*, op., cit., p. 11.

<sup>91</sup> Salmo 8, 4–5.

<sup>92</sup> “Sé bien que más allá de este horno de oro,/ de las piedras doradas de este templo,/ cruje el invierno en álamos amargos/ y que el mundo no cesa de entreabrir sus heridas.// Pero aquí dentro (nada de la nada)/ se afervora un hondísimo misterio:/ aromas y silencios cuajan luces,/ se funde o se deshace la noche con al alba./ Una mujer arrodillada alza/ sus ojos allá arriba, donde está/ en la custodia el círculo del círculo,/ el infinito centro de lo blanco.// Ella, la dama blanca, prueba,/ envuelta en manso fuego no visible,/ a cerrar las heridas del mundo sin mover/ los labios, en quietud.// Siente ella en su interior como una esfera/ de música o de llamas./ Y caen lentos sus ojos como nieve en hoguera.” “La dama blanca (Monasterio de la Veracruz)”, en COLINAS, A., *Libro de la mansedumbre*, Barcelona, Tusquets, 1997.

<sup>93</sup> Job, 33, 28.

<sup>94</sup> *El color de la noche*, Madrid, Algaida, 2008, p., 44.

<sup>95</sup> *Estelas*, Alicante, Aguacilar, 1995, pp. 55.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 56.

<sup>97</sup> GUILLEN, Jorge, *Mientras el aire es nuestro*, Madrid, Cátedra, 1978, p. 45.

piensa/ Cómo a su amor la tarde se confía”<sup>98</sup> La luminosidad constituye para Guillén el nudo atado del asombro. Luz que está hecha tanto de aire como de alma interior del hombre. El chasquido entre la luz y el ama sólo es momentáneo, fugaz en su destello, y produce así la conmoción, el escalofrío que recorre el camino hacia dentro. De los ojos hasta el ser más íntimo. La invasión sorprendida que obliga a clamar al hombre, al percibir fuera su propia estancia iluminada: “(El alma vuelve al cuerpo,/ Se dirige a los ojos/ Y choca.)—¡Luz! Me invade/ Todo mi ser. ¡Asombro!”<sup>99</sup>

Jorge Guillén comunica también paisajísticamente este ardor en su poema “Meseta”, donde señala y alumbraba el espacio que golpea hermosamente la mirada de quien lo contempla con su luz aterida. Lo abierto convierte el mundo en extensión que espolea la unidad del hombre con lo lejano. Y la fusión de los contrarios congrega en torno a sí la semejanza cuando el poeta clama: “¡Espacio! se difunde/ Sobre un nivel de cima. /Cima y planicie juntas/ Se acrecen –luz– y vibran./ ¡Alta luz! Altitud/ De claridad activa”<sup>100</sup>. Todo lo separado y lo distante deja de competir y se torna afín, como coagulado en un nuevo origen. El salto del trampolín de la certeza llega luego: “Ser, nada más. Y basta./ Es la absoluta dicha.” La confianza se instala a través de la luz en la vida del hombre, que ahora completa en ella su existencia y se funde con el objeto de su mirar: “Tú formas parte y sin saberlo vives/ en esa luz que ciega.”<sup>101</sup> Es la cierta materia del ser, asumida desde antiguo por místicos y poetas de la nueva claridad. “No se ve sino lo que se tiene ya dentro del ojo –afirma Eduardo Chillida–. Se ve bien teniendo el ojo lleno de lo que se mira.”<sup>102</sup> Estar lleno de claridad y refulgir como candela en noche oscura es la absoluta dicha. “Luz de esta Castilla/ Me impone mi destino:/ Ser ahora y vivir”, canta Guillén<sup>103</sup>. Así se llega al centro de la sabiduría, al espacio final de este largo recorrido por el paisaje exterior e interior del hombre, donde el encuentro con Dios ya es posible. Y en esa intimidad sabrosa ya nada ni nadie puede molestar: “Que nadie lo mirava,/ Aminadab tampoco parecía,/ y el cerco sosegava,/ y la caballería/ a vista de las aguas descendía.”<sup>104</sup>

Es, por fin, la fusión total, la intensidad honda y el absoluto vibrar de amor<sup>105</sup> del poeta castellano, quien siempre ha sabido nombrar sagradamente, en todos sus poemas, a esta tierra de raíces profundas y encendidas alas. También, en definitiva, el salmista –trovador por antonomasia de lo sacral– sintetiza, en un zarpazo final de belleza lírica agradecida, esta Verdad: “Si escalo el cielo, allí estas tú”.<sup>106</sup>

---

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>99</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>100</sup> *Cántico*, Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 492.

<sup>101</sup> MUÑOZ QUIRÓS, J. M<sup>a</sup>., *Celada de piedra*, op., cit., p. 77.

<sup>102</sup> *Eduardo Chillida*, Madrid, La Fábrica, 2005.

<sup>103</sup> *Cántico*, Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 339.

<sup>104</sup> *San Juan de la Cruz Cántico espiritual. Poesías*, op., cit., 1985, p. 129.

<sup>105</sup> José M<sup>a</sup> MUÑOZ QUIRÓS escribe: “Qué/ intensidad más honda, qué absoluto/ vibrar de amor!”, *Celada de piedra*, op., cit., p. 77.

<sup>106</sup> Salmo 139, 8.

V  
**Últimas palabras**

“...siempre la claridad viene del cielo”  
(Claudio Rodríguez).

Con frecuencia, la noche, la aurora y la luz se entremezclan en las palabras de nuestros poetas hasta hacer casi imposible saber si desesperan, esperan o han llegado ya a ver esa claridad que embellece a sus ojos el paisaje en el que viven. Como la vida misma nada es de un solo color, y hasta la más pura de las tonalidades encierra en sí máculas de oscuridades. Nuestro hermoso mundo, creado de la vida y para la vida, es sin embargo la peor de las cárceles para quienes en él sufren el dolor y la injusticia a los que son sometidos por el resto de los hombres. Ni la belleza del arte, ni el balsámico y armonioso valor de la palabra poética, ni siquiera la gratificante mirada a un paisaje serán verdaderamente parte de una civilización del espíritu mientras cualquiera de estos placeres continúen estando vedados a los sentidos de un solo hombre o mujer de nuestro mundo. Mientras esto no sea así seguiremos vagando por las edades del mundo. Continuaremos a oscuras buscando la luz, que se hizo para todos. Si la palabra poética sirve para acercarnos a Dios en la mirada del paisaje, habremos conseguido volver al Paraíso. Mientras tanto, no estará de más que hagamos nuestra la oración con la que Pierre Teilhard de Chardin se dirigió a *su paisaje particular* para que intercediera por él en su particular camino hacia la Luz:

“Materia fascinante y fuerte, Materia que acaricias y virilizas, Materia que enriqueces y que destruyes –confiando en las influencias celestes que han perfumado y purificado tus aguas–, me abandono a tus poderosas capas. Ha pasado a ti la virtud de Cristo. Arrástrame con tus encantos, nútreme con tu savia. Enduréceme con tu resistencia. Líbrame con tus arranques. Y, en fin, por toda tú misma, divinízame”<sup>107</sup>.

**ASUNCIÓN ESCRIBANO HERNÁNDEZ**  
**(CATEDRÁTICA DE “LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLA”**  
**EN LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA)**

---

<sup>107</sup> TEILHARD DE CHARDIN, Pierre, El medio divino, Ensayo de vida interior, op. cit., p. 88.